



“III. El Nuevo Mundo, 1492-1992 ¿Una disputa interminable?”

p. 29-50

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo III. Herencia cultural de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



III. EL NUEVO MUNDO, 1492-1992 ¿UNA DISPUTA INTERMINABLE?*

Es el continente americano el único, entre los que integran la superficie terrestre, que tiene el privilegio, o tal vez la desgracia, de estar sujeto a una especie de cuentas de “cumpleaños” o mejor “cumplecentenarios”. No significa ello, desde luego, que en tales aniversarios se conmemore la fecha de su nacimiento. Del origen de los continentes se ocupan los geólogos, que nos dicen se formaron a lo largo de cientos de millones de años.

El género de conmemoraciones de que ha sido objeto el continente americano es muy distinto y por cierto relativamente reciente. La “costumbre” se originó fuera del mismo y, hay que decirlo, desde perspectivas a todas luces eurocéntricas. Curiosamente, en la serie de los “cumplecentenarios” del continente americano no se tomaron en cuenta ni el primero ni el segundo en las dichas cuentas de años.

Fue en el tercero, en 1792 —ya el ocaso del siglo de las luces—, cuando la costumbre de algún modo se inició. Y no surgió ella en España o Italia, como podría suponerse, sino particularmente en Francia. No acababa de salir ésta de su célebre revolución y lo que a ella acompañó, cuando la Academia Francesa, precisamente en conmemoración del Tercer Centenario, creó un premio que debía otorgarse al mejor ensayo u obra que respondiera a la siguiente pregunta: “¿Cuál ha sido la influencia de América sobre la política, el comercio y las costumbres de Europa?”

Los varios trabajos que se presentaron —aparte de algunas alabanzas a Colón— pueden distribuirse entre los que son reiterada condenación de la presencia de España en el Nuevo Mundo en tono de la “Leyenda Negra”, y aquellos otros que describen la influencia ejercida por América en Europa más bien con colores sombríos. Se habla, por ejemplo, del oro que recibía España de sus posesiones ultramarinas y

* *Diógenes*, Publicación auspiciada por el Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas en colaboración con la UNESCO y la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-marzo de 1992, n. 157, p. 3-25.



se afirma que le sirvió para hundirse cada vez más. Bastará con decir aquí que el trabajo galardonado, cuyo autor optó por permanecer anónimo, subraya como influencia muy significativa de América haber sido ella la que hizo regalo a Europa y al mundo entero de la sífilis. De ella, por cierto, cabe añadir que además de ser tenida como “enfermedad vergonzosa”, se conoció por mucho tiempo como “morbo gálico” o “mal francés”.

Tal vez el anónimo vencedor en el concurso abierto por la Academia Francesa, que inauguró así la conmemoración de los centenarios americanos, quiso con su trabajo reivindicar el prestigio de su patria. Creyó él que, con las pruebas que pudo acumular, zanjaba una cuestión que, me atrevere a añadir, hasta ahora hay algunos que siguen debatiendo, a saber cuál es el origen del llamado “mal francés”.¹

Del Cuarto Centenario cabe decir, en cambio, que fue celebración ruidosa. España a la cabeza, asimismo la gran mayoría de los países hispanoamericanos, y también Italia y los Estados Unidos, festejaron con exposiciones, congresos, monumentos, publicaciones y discursos innumerables lo que nadie dudó en proclamar había sido el “Descubrimiento de América”. Mas, como en la tierra nunca hay felicidad perfecta ni cabal convergencia de opiniones, ya entonces se dejaron sentir algunos descontentos que no pudieron menos que hacer crítica de los entuertos que habían traído consigo las conquistas. Un ejemplo de esto lo dio el peruano Ricardo Palma que, representando a su país durante los festejos en España, se sintió indignado con los ditirambos de algunos oradores y optó por retirarse de una particular ceremonia.

Llegado el Quinto Centenario, huelga describir lo que está sucediendo. Aunque algunos han querido y van a festejarlo solemnemente, no pocos se oponen, teniendo como fecha execrable ésa que consideran punto de partida de tantos sufrimientos de millones de habitantes nativos de América. Puede decirse así que en este caso se halla en peligro de no salir verdad aquello de que “no hay quinto malo”.

Por las razones o sinrazones que se quiera, este continente y mucho de lo que en él ha sucedido desde 1492 —como en el caso de ningún otro— han dado lugar a disputas y aun vehementes enfrentamientos. Las disputas mismas se iniciaron desde muy poco después del acontecimiento en función del cual se lleva la cuenta de los centenarios. Y se han continuado las polémicas casi sin interrupción desde

¹ Exponen esto con más amplitud Bartolomé y Lucile Bennassar en 1492, *Un monde nouveau?*, Paris, Perrin, 1991, p. 50-55.



una gran variedad de puntos de vista y a propósito de innumerables hechos y cuestiones. Una vez más, las disputas se reavivan ahora con gran fuerza. Pareciera ser así destino del llamado Nuevo Mundo que en su ser y acontecer haya habido y siga habiendo comportamientos humanos y otras muchas realidades que se tornan objeto de alegato interminable.

“Disputar —escribió Cicerón en su *Diálogo sobre la amistad*— significa agitar alguna cosa para que lo verdadero se conozca”. Aplicando esto al caso del continente americano, cabe preguntarse, ¿qué verdad o qué cosas verdaderas del Nuevo Mundo son las que se quieren conocer en tan interminables porfías que, de un modo o de otro, “agitan” a mucho de lo que concierne a la historia y el ser de este hemisferio? En un bello libro intitulado *La disputa del Nuevo Mundo*, Antonello Gerbi atiende a la que llama “historia de una polémica”, que sitúa entre 1750 y 1900, es decir partiendo de la Ilustración hasta poco antes de entrado el presente siglo.²

En lo que voy a exponer aquí, a pesar de la requerida brevedad, voy a ensanchar la mira. Mi intención es mostrar que las vehementes polémicas son mucho más largas y parecen no tener término. Primeramente me fijaré en la disputa en torno al lugar y la significación del continente americano en la historia universal, así como sobre la toma de conciencia del ser geográfico del mismo. Volveré luego la mirada hacia los álgidos debates acerca de temas cruciales en el siglo XVI y sus recurrencias en tiempos posteriores. La atención la concentraré, finalmente, en la disputa que no ha terminado, la que, con atizado fuego, se está dejando sentir ahora.

1. EL NUEVO MUNDO EN LA HISTORIA UNIVERSAL

¿Eran posibles una concepción histórica y una imagen geográfica antes de los viajes de Colón y los contactos transatlánticos con todo género de intercambios que a ellos siguieron?

Responderán afirmativamente algunos, señalando obras como la *Geografía* de Ptolomeo y algunos escritos históricos que van desde

² Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960. Al mismo autor se debe otra obra rica en información, en la que describe y analiza la variedad de pareceres de hombres de fines del siglo XV y del XVI acerca de los atributos de la naturaleza y los seres humanos del Nuevo Mundo: *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.



la *Historia* de Heródoto sobre griegos y “bárbaros” hasta la *Ciudad de Dios* de san Agustín y varias crónicas medievales, que son otros tantos esfuerzos por abarcar espacio y tiempos hasta entonces conocidos. Negarán otros que pudiera haber concepciones geográficas e históricas realmente universales puesto que europeos, asiáticos, africanos y amerindios ignoraban que la tierra era mucho más grande, integrada por lo que hoy conocemos como sus dos hemisferios.

En ambos había seres humanos que nada sabían unos de otros y que tenían sus propias trayectorias culturales y, en muchos casos, poseían producciones históricas y cartográficas. Esto último sin embargo, para muchos de los que han hecho historia de lo que se ha escrito sobre historia, ha de tenerse como atributo original de una sola región del mundo. Buen ejemplo de tal actitud la ofrece R. C. Collingwood en su *Idea de la Historia*. En ella, entre otras cosas, escribe:

[...] fuera de la región del Mediterráneo, es decir fuera de Europa, del Cercano Oriente, desde el Mediterráneo hasta Mesopotamia y las costas septentrionales del Africa o sea fuera de lo que fue el ámbito cultural griego y luego romano nada debo decir del pensamiento histórico, en China o en otra parte del mundo; salvo en la región que he mencionado [...]³

En contraposición a tal eurocentrismo han afirmado otros que no sólo en China, la India, Corea, Japón y otros lugares en Asia, sino también en América, hay monumentos y otros testimonios que además de ser recordación de hechos particularmente significativos del pasado, se erigieron o inscribieron con determinados propósitos de intención histórica. Se buscó así, por ejemplo, fortalecer la identidad nacional de un pueblo o reafirmar la legitimidad del grupo social dominante, señalando en algunos casos su vinculación con linajes o acontecimientos de mucha mayor antigüedad. Este fue el caso de no pocos testimonios mesoamericanos como las estelas con inscripciones localizadas en Monte Albán, Oaxaca, y que datan del siglo VI a.C.; las del periodo maya clásico (siglos III-X d.C.) con inscripciones en gran parte ya descifradas, y portadoras de más complejos textos de significación religiosa y a la vez política, así como algunos códices mixtecos prehispánicos de contenido histórico y genealógico. Todo esto sin contar las ulteriores producciones, basadas en códices hoy desaparecidos, elaborados en el siglo XVI.

³ R. C. Collingwood, *Idea de la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 23.



La persuasión de que la conciencia histórica ha sido atributo exclusivo, en su origen, de los pueblos circunmediterráneos y en fin de cuentas europeos ha ido aún más allá, como cuando se ha sostenido que básicamente sólo Europa o sus trasplantes culturales han tenido un lugar en la historia universal. Aunque parezca inverosímil, no sólo en el siglo XVI hubo quienes negaran racionalidad plena a los indígenas. Nada menos que en la época de la Ilustración dos grandes filósofos expresaron afirmaciones, si no tan radicales, sí extrañas en grado inverosímil. Immanuel Kant escribió en 1778 que los indígenas americanos “no hacen suya cultura alguna[...], carecen de afectos y pasiones[...], no sienten amor y debido a ello no son fecundos, casi no hablan[...], no se preocupan de nada, son perezosos[...]”⁴

Y, a su vez, Guillermo Federico Hegel sentenció que

América ha estado separada del campo en el que hasta hoy se ha desarrollado la historia universal[...] Lo que hasta ahora ha sucedido en ella es sólo eco del Viejo Mundo[...] Dejando así a un lado al Nuevo Mundo y a las fantasías que están ligadas con él, nos fijamos en el Viejo Mundo, básicamente en Europa, es decir en el escenario verdadero de la historia universal[...]⁵

¿Qué tiene de particular, a la luz de estas afirmaciones, que en las obras en que se ha querido abarcar la historia de la humanidad, es decir la universal, y asimismo en los manuales que se escribían hasta hace poco sobre dicha “asignatura”, los pueblos amerindios no merecieran atención alguna sino a partir de 1492? Sólo al “ser descubiertos”, entraban por fin en el escenario de la historia. Ya podía decirse algo de ellos: eran primitivos, practicaban sacrificios humanos, eran antropófagos, sodométicos —que así se llamaba a los homosexuales—, perezosos, adoraban ídolos espantables. Pero tras ser conquistados, los que no perecieron fueron convertidos a la religión verdadera... Ya podían ser entonces tema de la historia universal, pero por supuesto que de una historia en la que otros, cual predestinados, seguirían siendo los únicos protagonistas posibles.

Es cierto que así se ha escrito no sólo acerca de los indígenas americanos sino también de los de África y Oceanía y de buena parte de Asia. Y sin embargo, ¿es posible, realmente, elaborar una historia que

⁴ Immanuel Kant, *Menschenkunde oder philosophische Anthropologie nach handschriftlichen Vorlesungen*, Friederich Ch. Starke, ed., Leipzig, 1831, p. 353.

⁵ G.W.F. Hegel, “Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte”, *Sämtliche Werke*, Stuttgart, 1961, v. II, p. 129.



abarque a la humanidad entera, sin interesarse en las trayectorias culturales de “los otros”, sobre todo cuando ellos han producido diversos testimonios acerca de lo que ha sido su propio pasado? ¿No interesa conocer —como capítulos distintos de la historia universal— esas trayectorias que muestran lo que, en otros ámbitos, ha sido la realización de diferentes miembros de la especie humana? En su aislamiento de milenios, los amerindios, y entre ellos de modo especial los que como los mayas, nahuas, quichés, zapotecas y muchos más, creadores de precisos sistemas calendáricos y formas de escritura, ofrecen testimonios acerca de lo que fue su existencia durante más de dos mil años antes del desembarco de Colón en una pequeña isla de las Bahamas.

Como florecimiento con trayectoria diferente, separado, desconocido de los europeos, y con su propia cronología, el mundo de Mesoamérica, no a pesar de esto, sino precisamente por ello, tiene su lugar en la historia. El pasado precolombino en el que surgen ciudades y metrópolis, se crean instituciones, diversas formas de arte y pensamiento —en coexistencia con otros pueblos también amerindios que viven en las selvas, montañas y desiertos— es experiencia humana distinta y de enorme interés.

Al llegar a este punto, me doy cuenta de que yo mismo, casi sin sentirlo, estoy entrando en la disputa. Al recordar y reafirmar la significación histórica que pienso tiene el pasado precolombino de este continente, estoy contradiciendo lo que otros, siguiendo caminos como los de Hegel, han negado. ¿Es inevitable, acaso, y tal vez interminable, la disputa?

2. LA CUESTIÓN ACERCA DE A QUIÉN O A QUIÉNES, CÓMO Y CUÁNDO, DEBE ATRIBUIRSE LA TOMA DE CONCIENCIA DEL SER GEOGRÁFICO AMERICANO

Así como ha sido larga y parece hasta hoy inconclusa la disputa acerca del Nuevo Mundo y la historia universal, también durante mucho tiempo, y en cierto sentido, hasta el presente, se debate sobre cuándo y cómo se tomó conciencia plena de su realidad geográfica. Mientras muchos han visto y ven en Cristóbal Colón al descubridor de América, hombre visionario que algunos pensaron merecía ser canonizado, otros reiteran que, persuadido de haber llegado a las Indias, no fue consciente de lo que había alcanzado. Este mérito —el de dar a conocer que esas tierras eran parte de un Nuevo Mundo— lo reservan para Américo Vespucio, cuyo nombre —un año después de la muerte de

Colón— otorgó Martín Waldseemüller al continente en 1507.⁶ Pero ni al mismo Waldseemüller ni a otros muchos satisfizo plenamente tal atribución. De hecho Waldseemüller en su mapa de 1513, como arrepentido, suprimió la palabra América y anotó *Terra haec cum adjacentibus insulis, inventa est per Columbum*.⁷ Por su parte, el célebre Miguel Servet —en la magnífica edición que publicó en 1535 de la *Geografía* de Ptolomeo— sin ocultar su disgusto, expresó:

yerran por completo los que nombran América al Nuevo Mundo, puesto que Américo (Vespucio) mucho después que Colón llegó a esa tierra, ni con los españoles viajó sino con los portugueses para hacer sus negociaciones con ellos [...]⁸

Patentes testimonios de las diferentes concepciones del Nuevo Mundo ofrece la cartografía en la que éste se fue delineando. En primer lugar, no obstante que algunos conquistadores y cronistas —entre ellos Hernán Cortés y el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería— reconocen haberse servido de mapas indígenas, esto no se expresa luego en las producciones de los cartógrafos europeos. En ellas dos preocupaciones principales se reflejan. Una se centra en la cuestión de si las tierras descubiertas son parte de Asia. Otra, relacionada con la anterior, se refiere a la nomenclatura y toponimia incluida en los mapas que sucesivamente se fueron produciendo. No pocos mantendrán, a veces hasta bien avanzado el siglo XVI, representaciones que muestran una continuidad geográfica entre América y Asia con diversos topónimos que corresponden a esta última, como los de Cipango, Cathay y Tierra de Mangi.

A diferencia de tales cartas, en otras, en número creciente, se registra la palabra “América” —no ya como aparece en el mapa de 1507 de Waldseemüller, aplicada sólo a la mitad meridional del continente— sino a la plenitud de éste.

⁶ Esta atribución la hizo Waldseemüller en su *Cosmographiae Introductio cum quibusdam geometriae ac astronomiae... insuper Americi Vespuci navigationes...*, publicada en Saint-Dié en 1507. A dicha obra acompañó el mismo año la *Cosmographiae secundum Ptolomaei Traditionem...*, Saint-Dié, 1507, con la que se publicó el célebre mapamundi en el que por vez primera aparece el nombre de “América”.

⁷ Entre las numerosas reproducciones de este mapa, véase la incluida en la edición facsimilar de *Claudius Ptolomeus Geographia, Strassburg, 1513*, con introducción de R. A. Skelton, Amsterdam, Theatrum Orbis Terrarum, 1966

⁸ Escribió esto Servet en su introducción a *Ptolomaei Alexandrini Geographicae Enarationis libri octo*, Lugduni, Ex officina Melchioris et Gasparis Trechsel Fratrum, MDXXVI.



En cambio, las cartas españolas y portuguesas, desentendiéndose del vocablo América, conservan hasta el siglo XVIII designaciones como las de “Orbe Novo”, “Nuevo Mundo” y las “Indias”, o “Indias Occidentales”.

Todas estas divergencias en las crónicas y los mapas se han convertido, sobre todo desde el siglo XIX hasta el presente, en materia prima para la disputa sobre lo que se piensa que ocurrió en realidad. Los apologistas de don Cristóbal —como lo muestran las voluminosas obras de Paolo Emilio Taviani— reiteran la interpretación que ve en el Almirante al descubridor del Nuevo Mundo.⁹ Con gran celo —en una gama de variantes— no faltan quienes, a quinientos años del desembarco colombino, rechazan se altere el título de la conmemoración que, según ellos, debe festejarse como “el Descubrimiento de América”.

Por supuesto que, en contra de la añeja interpretación, han surgido otras diferentes, unas pocas motivadas por elucubraciones histórico-filosóficas y las más por ideologías o actitudes reivindicacionistas de quienes execran, condenan y rechazan cuanto ha sido consecuencia del proceso que tuvo principio en 1492. De estas posturas que marcan un turbulento resurgir de la interminable disputa trataré al final de este trabajo.

3. DEBATES EN CARNE VIVA: CONQUISTADORES E INDÍGENAS AMERICANOS; LAS CULTURAS DE ÉSTOS Y LA NATURALEZA DEL NUEVO MUNDO

Diríase que las primeras contradicciones en carne viva las experimentaron los tahíno-arahuacos y los caribes de las islas, así como el mismísimo Colón. De los nativos de las islas se dijeron muy pronto maravillas y también cosas espantables. Pedro Mártir, pintando a los tahínos como seres que viven en una especie de condición de naturaleza pura, refiere que:

Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua es de todos, y que no debe haber entre ellos mío y tuyo, que son semillas de todos los males, pues se contentan con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta a nadie nada. Para ellos es la

⁹ Paolo Emilio Taviani, *Cristóbal Colón, génesis del gran descubrimiento*, 2 v., Novara-Barcelona, Instituto Geográfico de Agostini y Editorial Teide, 1988, y *Los viajes de Colón, el gran descubrimiento*, 2 v., Barcelona, Planeta-Agostini, 1989.



edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos, viven en huertos abiertos, sin leyes ni libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera.¹⁰

En abierto contraste con esa imagen de la “edad de oro” que ofrece Pedro Mártir de acuerdo con los relatos que había escuchado de quienes venían del Nuevo Mundo, entre ellos Colón, están las descripciones que hace de los espantables caribes. A éstos llama desde un principio, corrompiendo la palabra, caníbales.

No lejos de aquellas islas había otras de ciertos hombres feroces que se comen la carne humana[...] A los niños que cogen, los castran como nosotros a los pollos o cerditos que queremos criar más gordos y tiernos para comerlos; cuando se han hecho grandes y gordos, se los comen; pero a los de edad madura, cuando caen en sus manos, los matan y los parten; los intestinos y las extremidades de los miembros se las comen frescas, y los miembros los guardan para otro tiempo, salados, como nosotros los pernils de cerdo[...]¹¹

Nada tiene de extraño que, conociendo estas y otras descripciones acerca de las costumbres de los naturales del Nuevo Mundo, un hombre como Tomás Moro se inspirara, por su parte, en la imagen de esa “edad de oro” al concebir su célebre *Utopía*, en tanto que más tarde, Shakespeare, al escribir *La tempestad*, nombrara Calibán a ese ser malféfico y bruto, convirtiendo en nombre propio, un tanto alterado, el de caníbal, corrupción a su vez de caribe.¹²

La variedad de pareceres opuestos, y los debates centrados en el ser y las culturas de los indios, tuvieron su paralelo en los juicios que se expresaron acerca de los conquistadores y, de modo más amplio, sobre la actuación principalmente de los españoles en el Nuevo Mundo. Desde tempranas fechas, frente a quienes expoliaban y trataban a los indígenas cual si fueran bestias, se alzó la denuncia y se inició la lucha. Ejemplo de esto lo ofrece fray Antón de Montesinos en Santo Domingo con sus célebres sermones de 1511, y luego Vasco de Quiroga y fray Bartolomé de las Casas en México, así como fray Domingo de Santo Tomás y Luis de Morales en el Perú.

¹⁰ Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*, con introducción de Ramón Alba, Madrid, Ediciones Polifemo, 1989, p. 38.

¹¹ *Idem.*, p. 12.

¹² Véase el artículo de Luciana Stegagno Picchio, “L’anthropologie brésilienne: mythe et littérature”, *Diogenes*, 144, oct.-dic. 1988.

A estos que denunciaban la que se llamó “destrucción de las Indias”, respondieron con pasión otros, entre los que sobresalen Juan Ginés de Sepúlveda, Gonzalo Fernández de Oviedo y aun Francisco López de Gómara, que en su *Historia General de las Indias* llegó a afirmar que no había habido nación alguna como la española que hubiera realizado tantos descubrimientos y conquistas en tan poco tiempo, alcanzando de modo providencial la conversión de millones de idólatras, por lo que piensa que los españoles merecen toda alabanza.

De las denuncias que atizaron la disputa podrían citarse no pocas. Baste como muestra una, menos repetida, del padre Las Casas, incluida en una obra suya en contra específicamente de Juan Ginés de Sepúlveda y que había permanecido inédita hasta 1988. Respondiendo a Sepúlveda que había calificado a los indios de bárbaros y salvajes, dignos de ser conquistados, los compara con los españoles a quienes el historiador romano Trogo Pompeyo había adjudicado parecidos epítetos. Dice así fray Bartolomé:

Que Sepúlveda oiga a Trogo Pompeyo: Los españoles no pudieron aceptar el yugo de provincia conquistada hasta que César Augusto, después de haber conquistado el mundo, volvió contra ellos sus victoriosas armas y dio forma de provincia a aquel pueblo bárbaro y salvaje, después de hacerle aceptar por medio de leyes un género de vida más culto.

Como vemos, el pueblo español es llamado bárbaro y salvaje. Me gustaría oír la respuesta que Sepúlveda, con su prudencia, dé a esa pregunta: ¿Acaso considera justa la guerra de los romanos contra los españoles para liberar a éstos de su barbarie? O, a su vez: ¿Acaso los españoles hacían una guerra injusta al defenderse tan valientemente contra los romanos?

Además apelo ahora a los españoles, ladrones y torturadores de aquella miserable gente: ¿Acaso pensáis que, una vez subyugada la población bárbara y salvaje de España, los romanos con el mejor derecho podían repartirse entre ellos a todos vosotros; asignándose a cada individuo tantas cabezas, ya de varones, ya de hembras? ¿Pensáis, también, que los romanos pudieran despojar a los príncipes de su poder y a todos vosotros, después de privaros de vuestra libertad, obligaros a miserables trabajos, ocupándoos especialmente en la búsqueda de yacimientos de oro y plata y en la extracción y refinamiento de metales? y si los romanos finalmente hicieron esto, como claramente atestigua Diódoro, ¿no pensaríais vosotros que teníais derecho a defender vuestra libertad, más aún, vuestra vida con la guerra? ¿Soportarías tú, Sepúlveda, que Santiago evangelizase a tus cordobeses de este modo? ¡Por Dios y la fe de los hombres en Él! ¿Es ésta la manera de imponer



el yugo de Cristo sobre los cristianos? ¿En esto consiste arrancar la feroz barbarie de las almas de los bárbaros? ¿No es esto, más bien, actuar como ladrones, asesinos y crueles salteadores y precipitar a aquellas mansísimas gentes en la desesperación?¹³

Como puede verse, una vez más desde apenas medio siglo después del desembarco de Colón en una isla de las Bahamas, la de Guanahaní u otra, porque también esto es objeto de controversias, el fuego del debate estaba encendido y con gran fuerza. Ese mismo fuego hasta hoy no se apaga. Recordemos siquiera que, mientras varones tan distinguidos como Manuel Jiménez Fernández, Marcel Bataillon, Lewis Hanke y Ángel Losada, editan las obras de fray Bartolomé, exaltan su contenido y contemplan en él al precursor en el reconocimiento de los derechos humanos, hay en cambio algunos, como el meritismo filólogo Ramón Menéndez Pidal que, creyendo ver en Las Casas un inspirador de la “Leyenda Negra”, lo tilda de fanático y de enfermo mental.

La disputa abarca otros frentes. Sólo me es dado enunciarlos aquí: ¿fue la codicia de oro —palabra ésta que emplea de continuo Colón— el móvil último de su empresa? ¿Debe describirse a Colón como el iniciador en gran escala del colonialismo europeo? ¿Cuántos indígenas había antes de su llegada al Nuevo Mundo y cuántos quedaban un siglo después? ¿Exageraba fray Bartolomé al escribir su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*? ¿Sherburne Cook y Woodrow Borah, historiadores del colapso demográfico de los indios americanos, tienen razón o no la tienen?

¿Es verdad que llegó a pensarse que los indios no eran racionales? ¿Fue ello maldad o ceguera? ¿Es cierto que los caribes de las islas eran todos caníbales? ¿Hay base para afirmar, como lo han hecho algunos antropólogos norteamericanos, que los mexicas o aztecas hacían miles de sacrificios humanos para mejorar su dieta escasa en proteínas? ¿Es esto compatible con el alto grado de desarrollo cultural que poseían, según se desprende de los hallazgos arqueológicos y las descripciones que han dejado hombres como Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo de las grandes ciudades con casas de libros, templos, palacios, escuelas, mercados, jardines botánicos y zoológicos que tanto atrajeron su atención? Y ¿cómo es posible que se dijera que todos los indios eran bárbaros, cuando a la vez hay personajes como Pedro Mártir de Anglería, Gaspar Contarini y nada menos que Alberto Durerro,

¹³ Bartolomé de Las Casas, *Apología*, edición de Ángel Losada (v. 9 de las *Obras completas* de B. de Las Casas), Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 107.

que se deshacen en elogios al hablar de los objetos que Cortés había enviado a Carlos V y que consideran de un arte inigualable?

¿Y qué se ha dicho de los conquistadores? Mientras algunos han ponderado, y continúan haciéndolo, a Cortés, Pizarro, Alvarado y Valdivia como figuras de epopeya en la Edad Moderna, otros los execran y sitúan entre los peores villanos de la historia. Así se refirió a ellos desde fines del siglo XVI Michel de Montaigne en uno de sus *Ensayos*:

Tantas ciudades arrasadas, tantas naciones exterminadas, tantos pueblos pasados al filo de la espada, la más bella y rica parte del mundo trastocada.[...] Y jamás la ambición, jamás las enemistades públicas habían lanzado de igual forma a los hombres, unos contra otros, a tan horribles hostilidades y calamidades tan espantosas.¹⁴

En tanto que se ha repetido una y otra vez que tal suma de desgracias se abatió sobre los nativos del Nuevo Mundo, ¿por qué han sido de tono menor las denuncias acerca de la trata de africanos, que desde temprana fecha trabajaron como esclavos en numerosos lugares de América? En tanto que algunos culpan al padre Las Casas de haber sugerido la introducción de negros como esclavos para aliviar la suerte de los indios, otros afirman que, arrepentido de esto, se convirtió luego en su primer defensor. ¿En tal controversia, se ha llegado a una respuesta inobjetable?

¿Y qué decir de las disputas que a lo largo de los siglos se han continuado sobre la capacidad de los aborígenes y asimismo, de modo especial, acerca de la naturaleza del Nuevo Mundo? Más de 650 páginas dedica a ello Antonello Gerbi en el libro suyo que ya he citado. Desfilan allí desde Buffon, que dogmatizó acerca de la que tuvo como inferioridad de las especies animales de América, hasta el holandés Cornelius de Pauw, que en sus *Investigaciones filosóficas sobre las Américas*, pensó haber demostrado ampliamente la inferioridad sustancial de los indígenas del Nuevo Mundo. Con buen tino Gerbi incluye asimismo las respuestas que propinaron a estos y otros impugnadores del ser de América, hombres como el limeño José Manuel Dávalos, el chileno Manuel de Salas, el colombiano Francisco Iturri, el mexicano Francisco Xavier Clavigero, el español Benito María de Moxó y más tarde Alejandro de Humboldt, para rematar con Alexis de Tocqueville en su célebre *De la démocratie en Amérique*, obra en que pondera las

¹⁴ Michel de Montaigne, *Essais*, III, 6. Publicados originalmente en París en tres volúmenes entre 1585 y 1588.



virtudes del que considera sistema de gobierno eminentemente democrático de los iroqueses.

4. LA DISPUTA EN OCASIÓN DEL QUINTO CENTENARIO

Hemos visto cómo el continente americano ha tenido el privilegio o la desgracia de que se le lleve curiosa cuenta de sus años en términos de los centenarios del que se llama “su descubrimiento”. Y asimismo hemos comprobado que, en razón de ese mismo suceso —es decir, el desembarco de Colón en quién sabe qué isleta de las Bahamas— y de las innumerables consecuencias que el tal desembarco ha traído consigo, las Américas han sido objeto de toda suerte de disputas, polémicas, alegatos y controversias. Hoy, después de cinco siglos, podría pensarse que ya era tiempo de poner fin a las disensiones. Parece, sin embargo, que siendo atributo del Nuevo Mundo el que, a veces con feroz pasión, se dispute sobre la significación que ha de darse a mucho de lo que en él ha ocurrido, la contienda se reencienda a la menor provocación. Hace ya unos años, cuando comenzó a hablarse de la proximidad del Quinto Centenario, mientras unos pensaron que debían prepararse a festejarlo de varias formas, otros afilaron sus espadas o sus dardos para dar lugar a nuevos enfrentamientos. Habrá que hacer un día la historia de lo que se ha dicho y escrito, al menos lo más sobresaliente, a partir sobre todo del momento en que empezaron a organizarse en España, los países de América Latina, Italia y Estados Unidos, las Comisiones Nacionales Conmemorativas del Quinto Centenario. Ello comenzó hacia 1984, a partir de entonces en otros países como Japón, Francia, Israel, Polonia, Alemania y Rusia (entonces todavía Unión Soviética), también se organizaron, con variantes, otras tantas Comisiones Conmemorativas.

La nueva batalla se trabó ya en frentes incontables cuando las noticias acerca de los proyectos conmemorativos se hicieron del dominio público. Ingrediente adicional, verdadera yesca, fue enseguida la cuestión del título o enfoque que debía darse al Quinto Centenario.

Tan sólo a modo de ejemplos mencionaré algunos de los enfoques que se han ido adoptando. Inicialmente, y como cosa tenida por obvia, se asumió en España y en algunos otros lugares como designación la de “Celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América”. La Iglesia Católica, por su parte, o muchos de sus organismos, se aprestaron a su vez a celebrar el inicio de la cristianización del Nuevo Mundo. A los ojos de los más convencidos entre los pro-



motores de la celebración, los que se oponen a ella aparecen casi como enemigos de España y de la cristiandad.

La oposición abarca, por su parte, a sectores amplios y distintos entre sí, que van desde intelectuales latinoamericanos y europeos, incluyendo a algunos españoles, hasta el gran público que, como pocas veces, se siente atraído por la polémica. Incluye dicha oposición, de modo muy particular, a líderes y participantes en movimientos indígenas de muchos países y grupos de entre los cuarenta millones de sobrevivientes de todas las conquistas llevadas a cabo en el continente. Como ejemplo de las reacciones indígenas recordaré las violentas expresiones y los acuerdos tomados en el VI Congreso Mundial de Pueblos Indígenas, reunido en Tronsoe, Noruega, en agosto de 1990. Se habló allí de genocidio y expoliación y se declaró a 1992 como “Año Mundial de la Dignidad y los Derechos de los Pueblos Indígenas”. Se hizo llamado a las iglesias para que no celebraran los 500 años de evangelización. Refiriéndose a la Iglesia Católica, se la acusó de “haber jugado un papel desacralizador de las religiones indígenas” y se exigió “el cese del proselitismo en todas sus formas”.

Así como en este Congreso Mundial de los Pueblos Indígenas, en otros reunidos en diversos lugares de América, cada vez más frecuentes, se reitera el rechazo a toda celebración y se insiste en que debe hacerse justicia y restituirse a las comunidades indias cuanto se les ha arrebatado, en particular sus territorios ancestrales.

Como en reacción en cadena se han sumado a la contienda otros para los que, por motivos diferentes, el año de 1492 evoca la que fue una gran desgracia de sus antepasados. Lugar prominente tienen en la protesta algunos que actúan como voceros de los muchos millones de los descendientes de africanos llevados al Nuevo Mundo como esclavos. Con ellos se hacen además solidarios muchos de los que hasta hoy habitan el África y aun otros lugares de la tierra.

También hay asociaciones de judíos que quieren hacer público su dolor en 1992, recordando que sus ancestros fueron expulsados de España, habiéndoseles dado, como fecha última para partir o convertirse al cristianismo, una casi coincidente con el día en que zarpó Colón del puerto de Palos. Deben mencionarse también algunos musulmanes que recuerdan que fue el 2 de enero de 1492 cuando Boabdil entregó a los mismos reyes que patrocinaron el viaje de Colón, la ciudad de Granada, último baluarte en España de los seguidores de Mahoma que por siglos habían imperado en buena parte de ella.

De esta suerte, no pocos intelectuales de múltiples países, gentes del gran público en Europa y las Américas, descendientes de indíge-



nas del Nuevo Mundo, hombres y mujeres originarios de África, judíos, musulmanes y otros han entrado ya en la disputa y la contienda. Para ellos pretender celebrar lo que en 1492 fue el inicio de una gran desgracia para sus respectivos pueblos suena a aberración, por no decir a infamia.

A todo esto hay que sumar la reiterada formulación de algunas tesis que, con aires histórico-filosóficos, llevan a interpretar de modo distinto lo que otros se aprestan a celebrar o a execrar. Como muestra aludiré a la tesis de Edmundo O’Gorman sobre *La invención de América*, dada a conocer por él en 1958, tras haber mantenido, años antes, una polémica con Marcel Bataillon.

La oportunidad del Quinto Centenario ha sido aprovechada por O’Gorman para volver a la disputa, tanto en contra de los que hablan del “Descubrimiento de América” como de los que —cual es mi caso— hemos propuesto otro enfoque para reflexionar sobre el proceso que se inició en 1492. Postulando O’Gorman que, para que alguien realice algo, debe tener la intencionalidad de ello, concluye que, puesto que aquello que Colón buscaba era llegar al Asia, resulta un contrasentido atribuirle haber descubierto América, es decir, eso de lo que nunca tuvo él conciencia. Textualmente expresa O’Gorman:

El mal que está en la raíz de todo el proceso histórico de la idea del descubrimiento de América, consiste en que se ha supuesto que ese trozo de materia cósmica que ahora conocemos como el continente americano ha sido eso desde siempre, cuando en realidad no lo ha sido sino a partir del momento en que se le concedió esa significación y dejará de serlo el día en que, por algún cambio en la actual concepción del mundo, no se le conceda.¹⁵

Como puede verse, según O’Gorman, el continente al que llegó Colón, lo que él llama “ese trozo de materia cósmica” no comenzó a tener una significación o un ser ontológico hasta que, después de un complejo proceso, algunos años más tarde, otro europeo, el ya mencionado Martín Waldseemüller, declaró que era la cuarta parte de la Tierra y que merecía llamarse América en honor de Américo Vesputio.

Sólo que, al llegar a esta conclusión, no toma en cuenta O’Gorman una realidad imprescindible. Es ella la que, hubiera o no una idea de que el tal “trozo de materia cósmica” era un continente, no por ello

¹⁵ Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. p. 49.

dejaba éste de serlo. Hubiera o no nacido en la mente de uno o muchos europeos la idea de que ese continente debía llamarse América, éste ya existía y por cierto no como entidad física vacía. En él había una rica naturaleza y numerosos habitantes, algunos de ellos creadores de culturas tan extraordinarias como las de Mesoamérica y el ámbito andino.

La adjudicación del nombre de América, hecha por Waldseemüller, inspirado en lo escrito por Vespucio, de que era la cuarta parte del mundo, es para O’Gorman “la invención de América”, o sea lo que dio significación a esas tierras. Sosteniendo así que las mismas, antes de tal “invención”, nada significaban, la tesis de O’Gorman incurre en un eurocentrismo tan extremo como gratuito. A pesar de su aparente lógica, la pretendida invención deja chico a Hegel, que negaba al Nuevo Mundo un lugar en la historia universal.

Siendo obvio y manifiesto que he entrado en la polémica y que de mero relator de la disputa interminable, me he convertido en un participante en ella, no resisto, no ya a proseguir la disputa, sino a presentar la conclusión negativa para España y positiva para Inglaterra a la que llega O’Gorman en lo que él describe como “la clave del acontecer histórico americano”. Éste, según O’Gorman, ha implicado recibir “un ser *ab alio*”, es decir de otro, “en cuanto posibilidad de realizar la nueva Europa”.¹⁶ Dos realizaciones de ella descubre y presenta. Una es la de la América conquistada por España y Portugal. La otra es aquella colonizada por Inglaterra. Veamos lo que asienta acerca de la primera, es decir de lo que hoy llamamos América Latina: afirma que puesto que “a España se le había escapado el tren de la historia”:

No alcanzó [la América hispánica] la originalidad que le merecía el calificativo de autónoma respecto al modelo que le dio vida. No transformó su herencia y sus tradiciones mediante la adaptación a las circunstancias, y plantar así un nuevo árbol en el escenario americano [...] ¹⁷

Pero si la América hispánica fracasó como proyecto “de realizar la nueva Europa”, en cambio la anglosajona lo logró y, por ello, es hoy tierra en donde “se elevaron a valores sociales supremos la libertad personal y el trabajo”. Los Estados Unidos, nos dice O’Gorman, son:

¹⁶ Edmundo O’Gorman, *op. cit.*, p. 153.

¹⁷ *Id.*, p. 156.



El nuevo Arquetipo [...] Esa otra América, pues, donde el modelo europeo se había transfigurado en un nuevo orden social y cuyo protagonista era ese nuevo tipo de hombre histórico a quien, seguramente no por capricho, se le conoce como el americano por antonomasia.¹⁸

La conclusión de O’Gorman culmina en un acto de reverencia y admiración a Inglaterra por haber hecho posibles a los americanos por excelencia: la América anglosajona —nos dice— “alcanzó las más altas cumbres del éxito histórico”.¹⁹

De esta suerte a los iberoamericanos no nos queda, si creemos a O’Gorman, sino aceptar que somos el fruto de una España que perdió el tren de la historia, invención fallida que no logró “plantar un nuevo árbol en el escenario americano”, sino que sólo hemos logrado, según él, “la entrega sin reservas a la metáfora y la anfibología en todos los órdenes de la vida [...] que implican el reconocimiento de una encrucijada ontológica sin salida”.

Y, respecto de los indígenas, ¿a qué conclusión llega O’Gorman? Muy poco y tan negativo es lo que expresa que parece eco de lo dicho por De Pauw, el negador extremo de las facultades inherentes a los nativos americanos:

El indígena —señala O’Gorman— quedó al margen por su falta de voluntad o incapacidad o ambas...²⁰

Me apartaré ya de la disputa con O’Gorman para referirme a la perspectiva que, por mi parte, he propuesto —si no para poner punto a las controversias y antagonismos, cosa que suena imposible— al menos para abarcar desde ella realidades que conciernen en alto grado a quienes participaron en el proceso histórico que se inició en 1492. Pero no sólo a ellos, sino a sus descendientes los indígenas, africanos, europeos, asiáticos y otros muchos que son fruto de la unión y mezcla de todos ellos. Quiero decir con esto que la perspectiva propuesta no se circunscribe al pasado ni excluye a participante alguno, sino que se abre a la reflexión en torno al pasado y al presente y aún invita a avizorar lo que está por venir.

Adoptar el punto de vista del descubrimiento tiene sentido, pero sólo desde el ángulo europeo. Supiera o no Colón adónde había llegado, el hecho es que, para los europeos y todos los demás pueblos del Viejo Mundo, a partir del viaje inicial colombino se fue develando poco

¹⁸ *Id.*, p. 157.

¹⁹ *Id.*, p. 155-156.

²⁰ *Id.*, p. 157.



a poco la existencia de otro continente del cual no tenían conocimiento alguno. Por eso cuando se supo a ciencia cierta que lo alcanzado por Colón era una parte de lo que después recibió el nombre de América, se dijo de él que, aun sin saberlo, se había topado con ella y así la había descubierto.

Pero al hablar del descubrimiento de América desde un punto de vista europeo se está prescindiendo de las perspectivas que pudieron haber tenido los otros, “los descubiertos” y luego conquistados y sometidos. Y, sin embargo, sabemos que los mayas, nahuas, mixtecas, quichés y otros, no sólo vieron en forma muy diferentes esos hechos, sino que dejaron testimonios pictográficos, glíficos y, poco después, también escritos con el alfabeto adaptado a sus lenguas, de lo que fue para ellos la llegada de esos barbudos, con sus tubos lanzafuego, que venían a invadir y apropiarse de sus territorios, a tratar de borrar sus antiguas creencias y, en suma, a alterar sus formas de vida.

La visión de los vencidos, la de los mexicas, la de los mayas, la más tardía de los quechuas y otras que han llegado hasta nosotros, son grandes poemas épicos y a la vez elegías desgarradoras de pueblos que, como lo dice uno de sus cantos, “con este lamentoso y triste destino nos vimos abatidos”.²¹

Era ya impostergable tomar en cuenta a los otros, y no sólo a los indígenas, sin también a los africanos llevados al Nuevo Mundo como esclavos. La coincidencia de sus presencias con la de los europeos conquistadores, principalmente españoles, portugueses, ingleses y franceses, trajo consigo un choque violento, una confrontación. Pero es también verdad que, con el paso del tiempo, esa presencia de gentes de tan distintos orígenes fue ocasión de uniones de cuerpos y almas, así como de fusiones culturales. Era por tanto necesario abrir la posibilidad de la reflexión acerca de lo que ocurrió y lo que de ello hasta hoy perdura, tanto lo que se tiene como pésimo y malo como lo que puede ser bueno o es ya inescapable y consustancial al ser de América y de quienes en ella viven.

Un vocablo ofrecen tanto el castellano como el francés y el inglés, que connota coincidencia de objetos o gentes en un mismo lugar, “por lo común chocando unos con otros”, con oposición y choque, como en el caso de tropas que combaten, y que además puede significar un acercamiento, reunión y hasta lo que de esto puede derivarse, como con-

²¹ Tal género de testimonios han sido publicados por M. León-Portilla en *Visión de los Vencidos*, 12a. edición, México, Universidad Nacional, 1990, y *Reverso de la Conquista, relaciones aztecas, mayas e incas*, 10ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1988.



vergencia y fusión. Tal vocablo, cuyas acepciones he evocado siguiendo lo que expresan el *Diccionario de la Academia* para el español, para el francés el *Robert* y el *Larousse*, y en el caso de inglés el *Oxford* y el *Webster*, es precisamente el de *encuentro*, *rencontre* o *encounter*.

Para denotar además que el encuentro ocurrió dejando consecuencias perdurables, malas y buenas, entre gentes no sólo de dos continentes distintos sino de los dos hemisferios del planeta, había que hacer referencia expresa a ello. Nuevo Mundo fue para los europeos el hemisferio que antes desconocían y Viejo Mundo vino a ser para las gentes del otro hemisferio el conjunto de continentes donde, por cierto, la presencia humana tiene más remota antigüedad.

La expresión propuesta, portadora de una perspectiva abierta a la reflexión, fue la de “Encuentro de Dos Mundos”. Quienes la concebimos y propusimos al Gobierno Mexicano para dar con ella título a la Comisión Mexicana del Quinto Centenario, hicimos la primera presentación en público de la misma en la reunión que de varias comisiones latinoamericanas y de España tuvo lugar en Santo Domingo el 9 de julio de 1984. De más está decir que alguno de los participantes reaccionaron con notorio disgusto, interpretando la propuesta como un intento de negar a España y a Colón la gloria del descubrimiento. Tanta fue la indignación de algunos que solicitaron se hiciera al día siguiente una ofrenda floral y una guardia ante el monumento a Cristóbal Colón.

Reacción “encontrada”, es decir opuesta por motivos contrarios fue después la de otros que afirmaron que, con la idea de *encuentro*, se pretendía solapar las violencias de la invasión y las muertes de millones de indígenas. Quienes así reaccionaron sólo vieron, o sólo quisieron ver, la que llamaré “connotación positiva” del vocablo, que es la de acercamiento. Hicieron caso omiso de las otras connotaciones, incluso las primarias, puesto que *encuentro* guarda relación con *contra* y significa asimismo choque, enfrentamiento y lucha.

En este punto podrá decir alguien que, si el asunto es tan conflictivo y está sujeto a tantos choques y violentos encuentros, ¿por qué mejor no prescindir del mismo, es decir del para algunos tan perturbante Quinto Centenario? Por vía de respuesta citaré aquí a Claude Lévi-Strauss. Al preguntársele si sería mejor no conmemorar el Quinto Centenario, haciendo suya la expresión “Encuentro de Dos Mundos”, subrayó que es ésta ocasión propicia para una reflexión comunitaria:

Yo no pienso que el Occidente deba dedicar su tiempo a darse golpes de pecho por todos los crímenes que ha cometido en el mundo. El



Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos, es ocasión no de regocijo de uno de los mundos respecto del otro, sino de cierta reflexión comunitaria, teñida de cierta melancolía sobre lo que ocurrió y sobre lo que tal vez hubiera sido mejor que sucediera.

Lo que más importa ahora mostrar es que los pueblos indígenas que aún perduran, poseen un conocimiento acerca del medio natural en el que viven que nosotros estamos aún muy lejos de haber aprovechado.²²

Así es. Importa volver la mirada para reflexionar sobre la significación del momento que marca el inicio de la globalización de la humanidad. Con razón, por esto, en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, los 163 estados que son miembros de ella acordaron por unanimidad, a propuesta inicial de México, conmemorar el Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos. Con idéntico enfoque lo hacen las comisiones creadas en Francia sobre “La Rencontre de Deux Mondes” y en otros países como Rusia, Polonia y el Japón, además de la Organización de Estados Americanos. Con satisfacción vemos que en España el rey don Juan Carlos, el presidente Felipe González y otras personas e instituciones, reconociendo la necesidad de tomar en cuenta a los otros —los indígenas, los africanos—, hacen frecuente referencia al concepto de Encuentro de Dos Mundos.

Desde esta perspectiva se busca hacer oír la palabra de los voceros de cuarenta millones de amerindios que, a la vez que evocan el dolor de la Conquista, denuncian las adversas condiciones en que hoy viven. Y otro tanto vale para los africanos, que con su sentido del ritmo, el baile y el canto, con su fuerza de trabajo y su alegría en medio de la pena, han enriquecido a las Américas. Sus condiciones de vida en el presente están también muy lejos de ser envidiables. Tema que concierne a los derechos humanos, como lo anticiparon Antón de Montesinos, Bartolomé de las Casas y otros, es lo que esto plantea a quinientos años de que se inició la globalización de los hombres y su historia.

Y bien merece también en esta conmemoración traer al recuerdo la aparición de las utopías del Mundo Nuevo, no tanto aquellas de la Tierra Florida y la fuente de la juventud, el país de El Dorado o de las Amazonas, sino las de hondo humanismo como las islas en las que “todo era de todos”; la comunidad de indios y europeos que, a la luz de un neomilenarismo franciscano, buscaba recrear la antigua cristiandad en

²² Claude Lévi-Strauss, *Caractères*, emisión televisada en Antenne 2, París, 11 de octubre de 1991.



la que todos vivían como hermanos; las cofradías-hospitales de Vasco de Quiroga; el ensueño lascasiano de la Verapaz en Guatemala y su lucha perdurable por la justicia y los derechos humanos.

Desde otro ángulo la reflexión podrá dirigirse a un aspecto que algunos se obstinan en minimizar y aun negar: el de la fusión de pueblos y culturas en el Nuevo Mundo. Muchos no existiríamos si no hubiera ocurrido el encuentro. Viven hoy en Iberoamérica cerca de 300 millones de hispanohablantes y cerca de 160 de lusófonos. Son ellos consecuencia viviente de la convergencia de gentes de orígenes muy diferentes. En sus formas de vida hay rasgos y elementos que son herencia del mundo europeo mediterráneo, pero también los hay de raíz indígena y de procedencia africana y aun a veces asiática.

Estos cientos de millones de gentes descienden de creadores de culturas extraordinarias, que incluyen nuevas formas de arte, en la pintura, escultura, arquitectura, música, danza y literatura, inspiración de hombres nacidos en el Nuevo Mundo. Éste, con todos sus contrastes, a veces extremos y odiosos, es hoy un símbolo de lo que puede ser el destino de la humanidad entera. Entremezclados muchos de sus millones de habitantes contemporáneos, como lo muestran sus mismos rostros, son ya parte y anticipo de la que algún día podrá llegar a ser la gran familia humana. Con abuelos, bisabuelos y antepasados nacidos en los cuatro rumbos del mundo, muchos de los americanos contemporáneos pueden sentirse plenamente habitantes de la Tierra.

Pero el hecho de sentirse terrícola no significa haber perdido la propia identidad. Se puede estar orgulloso de las propias raíces aztecas, mayas, quechuas, aymaras, mapuches u otras, y de las españolas, portuguesas, italianas o cualesquiera otras y al mismo tiempo reconocerse mexicano, costarricense, colombiano o chileno. Y esto no impedirá percibir, en un plano distinto, una identidad más amplia, en nuestro caso la de iberoamericanos, puesta de manifiesto en fecha reciente, en la primera cumbre iberoamericana que tuvo lugar en Guadalajara (México) de 23 jefes de Estado, incluyendo a los de España y Portugal.

En convivencia hoy con los indígenas que, a pesar de innumerables desgracias, han resistido y mantienen vivas sus lenguas y formas de vida, se nos plantea a la vez una última cuestión crucial, quizá para algunos utópica, pero de respuesta ineluctable, si en última instancia se quiere la sobrevivencia de la especie. ¿Aprenderemos los humanos a salvaguardar nuestras identidades, las más íntimas —cada uno posee la suya propia— encontrando al mismo tiempo los caminos para participar igualmente en otras más amplias hasta alcanzar aquella en la que se reconoce pertenecer, en contacto y trato inescapables, al con-



junto universal de todos los terrícolas? ¿Puede decirse que es esta una Utopía, como la de Tomás Moro, inspirada por lo que se ha llamado el Nuevo Mundo y que habrá que extender a la plenitud de un Mundo Nuevo?

Es probable que mucho de lo que aquí he evocado siga siendo objeto de debate en la que parece disputa interminable del Nuevo Mundo. Quiero pensar, sin embargo, que hay realidades que difícilmente dejarán de ser reconocidas. Una es la perduración, con sus identidades y sus lenguas, de 40 millones de indígenas a quienes debemos su arte y sabiduría, su respeto a la madre tierra y el hecho mismo de su resistencia a lo largo de quinientos años. Reconocer esto exige reparación de agravios y respeto al destino de estos pueblos. Otra perdurable realidad es el legado de hombres como los ya mencionados Montesinos, Las Casas, Quiroga, Sahagún y otros más, presencia actuante de lo mejor del humanismo español en el continente americano. El ser contemporáneo de los cientos de millones de hombres y mujeres que, en acercamiento de gentes y culturas, poblamos hoy el Nuevo Mundo con antepasados originarios de los cuatro rumbos del planeta, siendo partícipes en la riqueza de muchas formas de cultura, es también realidad insoslayable que, en medio de crisis, confiere al conjunto de Iberoamérica sentido de esperanza en su destino.

La universalización de la humanidad y la toma de conciencia de lo que es la plenitud del mundo son, finalmente, realizaciones que, en un largo y muchas veces doloroso proceso, hizo posible el encuentro. Ellas, con las realidades antes enunciadas y probablemente también otras, mueven a la reflexión para abrir luego la mirada al presente y al futuro. Realidades son, en suma, que sólo un rematado amnésico dejaría de lado. Acerca de ellas, para valorar su significación más honda, interesa pensar y hacer pensar. De este modo, sí que importa conmemorar el Quinto Centenario.